

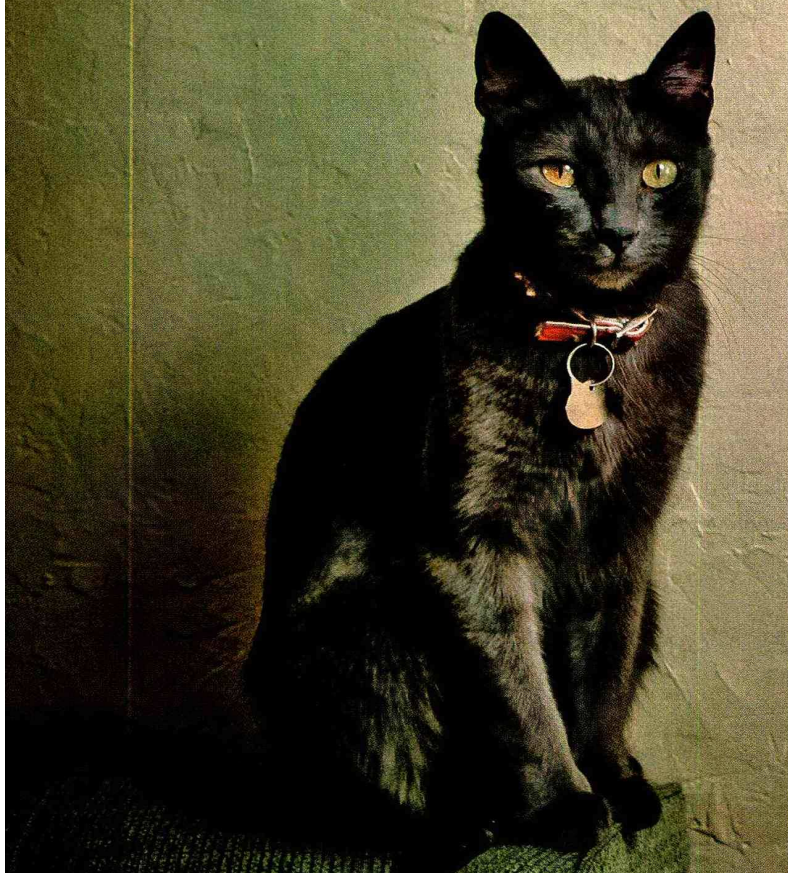
Medio	El Mercurio Revista Ya
Fecha	8-4-2014
Mención	La historia no contada de la moda chilena. Mención al Premio Periodismo de Excelencia de la UAH.

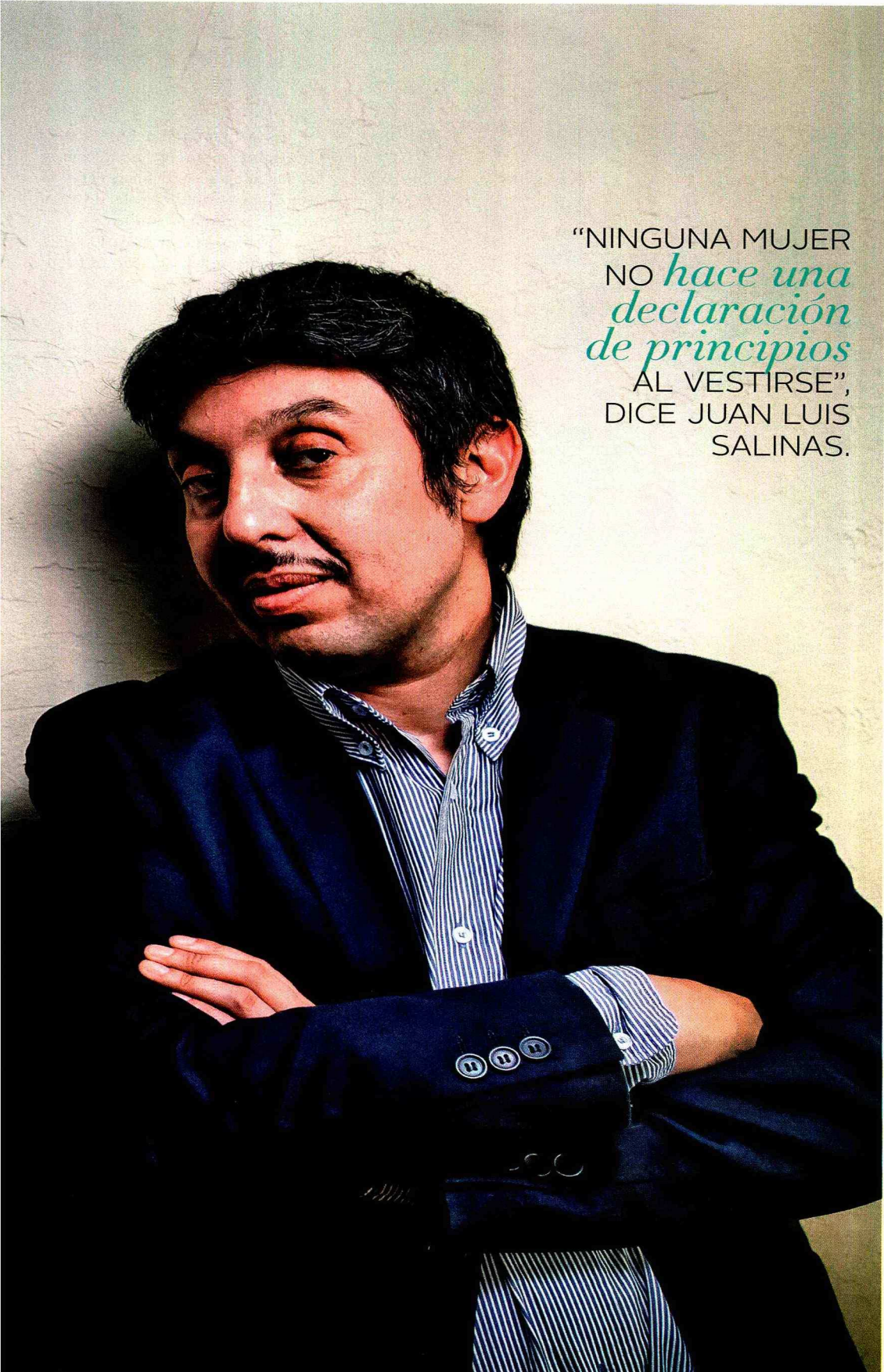
JUAN LUIS SALINAS, AUTOR DE "LINDA REGIA ESTUPENDA"

La historia NO CONTADA DE LA moda chilena

En su primer libro, el periodista de Revista Ya Juan Luis Salinas recorre la historia de la mujer chilena usando como pretexto lo que vistió. Desde los trajes de sastre de las primeras profesionales de los 50 hasta el reciente estilo pokemón son analizados y contextualizados por la crítica mirada de este profesional con 15 años de especialización, quien habla aquí de lo que lo motivó a revisar la historia de la moda chilena y entrega un adelanto de la publicación.

POR **CLAUDIA GUZMÁN V.** FOTOGRAFÍAS **SERGIO LÓPEZ I.**





“NINGUNA MUJER
NO *hace una
declaración
de principios*
AL VESTIRSE”,
DICE JUAN LUIS
SALINAS.

D

Desde que comenzó cubriendo moda, a fines de los años 90, Juan Luis Salinas –autor del espacio semanal “El Fashionista” y premiado reportero de revista Ya– ha entrevistado a algunos de los diseñadores más importantes de la escena internacional, asistido a la Semana de la Moda de Buenos Aires, Sao Paulo, París, Madrid y Nueva York en varias oportunidades, e identificado algunas de las tendencias *fashion* más importantes de la última década. Suficiente como para convertirse en un referente

en Chile y para editores de varias revistas latinoamericanas –entre ellas, Vogue Latinoamérica y Harper’s bazaar, para la cual ha escrito también– cuando se trata de analizar el mundo de la moda.

En estos años, Juan Luis Salinas ha construido una personal teoría sobre moda e identidad. Su particular mirada –que rehúye de la fama, de los flashes y de la frivolidad– la volcará en las casi 400 páginas de su libro “Linda regia estupenda: historia de la moda y la mujer en Chile”, próximo a editarse bajo el sello El Mercurio-Aguilar.

–La moda es una excusa para hablar de la mujer –introduce–. Si escribes un libro solo de moda, al final terminas haciendo un diccionario o una recopilación de anécdotas que terminan por ser súper banales. Pero esos mismos hechos analizados

con perspectiva, ya no lo son.

–La moda refleja lo que pasa en la sociedad –dirá al hablar de cómo las mujeres comenzaron a usar minifalda justo cuando se popularizó la píldora de anticoncepción.

–La moda también sirve para esconder –agregará, confidente, para explicar el desprecio a la oleada de ropa usada que llegó en los 80 a un Chile que se resistía a muchas cosas; entre ellas, a empobrecer.

–La moda te da dignidad –concluirá al recordar que conoció las “sobreposiciones” (de ropas) hace décadas, en las gélidas madrugadas de su niñez en Punitaqui, viendo a mujeres ateridas a la espera de una micro rural.

Los retazos de “Linda regia estupenda” se fueron hilvanando a lo largo de dos años de investigación en bibliotecas, hemerotecas, archivos personales de creadores, diarios y revistas del pasado. Altos de ejemplares de antiguas Eva, Rosita y Zig-Zag, mezcladas con algunas Vogue, todavía colapsan el escritorio del autor y sirven de cama al gato gris que Salinas bautizó en honor de su pasión: Givenchy. Su lectura también transitó desde filósofos como los franceses Gilles Lipovetsky y Gabriel Tardé y la curadora del Fashion Institute of Technology de Nueva York, Valerie Steele, hasta cronistas de la antigua vida social, como Vicente Grez y Joaquín Edwards Bello, pasando por más de un historiador, como Bernardo Subercaseaux.

–El libro surgió leyendo “La Belle Epoque Chilena”, de Manuel Vicuña. Ahí hablaba de la primera década del siglo XX, y de los movimientos feministas que se juntaban en cafés literarios y en el Club de la Unión. Eran puras

señoras burguesas de las que se reían por querer andar siempre impecables y ser pseudointelectuales. Su consigna era tener “cachet et ton” (cachet y tono), y les pusieron las cachetonas. Con eso hice click.

La mujer y su transformación, su ascenso a la vida pública, al mundo laboral y a la cúpula política de la nación se le aparecieron como el arco narrativo perfecto para hablar de moda con un profundo sentido de identidad:

–La moda permite identificar grupos sociales marcados; y sin duda los mayores cambios en las últimas seis décadas los ha vivido la mujer –afirma–. Además, ninguna mujer no hace una declaración de principios al vestirse. Incluso si dice “me compré estos pantalones en el supermercado” está declarando que no quiere gastar, que hay cosas que le importan más.

El relato de “Linda regia estupenda” despunta en los años 50, justo cuando se instaura el voto femenino, comienza a formarse la fuerza laboral femenina y se comercializan en la céntrica tienda Los Gobelinos los primeros diseños de Dior. Los nuevos roles frente a los viejos roles son los nudos narrativos de esta crónica que abre su recuento con la aparición del *tailleur* –traje de sastre– en medio de un mercado dominado por las debutantes en sociedad. También están los conflictos políticos, sociales y económicos; todos con la moda como expresión:

–Para mí la década más linda del libro es la de los 70. En los tres primeros años se hizo el proyecto de moda local más bonito que ha existido: la moda autóctona, una búsqueda por rescatar la identidad que surge del frustrado proyecto nacionalista de la UP –dice Salinas, quien rescata de esa época propuestas locales como las de Marco Correa y Nelly Alarcón, el primero con sus estampados de grecas precolombinas y la segunda con telares traídos desde el sur.

–Pero al poco tiempo viene el quiebre (institucional), y la mujer igual tiene que ingeniárselas para vestir y para sobreponerse a la escasez. Siempre se habla del chancho chino y de las colas para el pollo, pero en esa época también se agarraban a coscachos por un ovillo de lana. Las fábricas quiebran, no hay telas, y se ponen de moda géneros baratos como la popelina para hacer sábanas o manteles de mesa. Las boutiques y las revistas de esa época rescatan los tejidos y el percal. Entonces, se ve también que esa vuelta a la naturaleza, que todo ese ingenio no era tanto por onda, sino por precariedad.

Justo de esa época de fragilidad que tan bien se reconstruye en “Linda regia estupenda” datan los primeros recuerdos de infancia de Juan Luis. Por esos años, Salinas vivía alejado de los epicentros de la moda que hoy suele frecuentar. Su infancia la pasó más bien confinado al árido poblado de Punitaqui –27 kilómetros al interior de Ovalle–,

dibujando ropa femenina en vez de tomar notas en el colegio, y hojeando a escondidas revistas de moda que camuflaba con un Atlas donde simulaba estudiar.

–Siempre acompañé a mi abuela a la costurera, y viajábamos hasta Ovalle cuando se mandaba a hacer los trajes para una gran ocasión –recuerda el periodista, de 41 años–. A mí me encantaba ir, porque me gustaban las Burda, las Vanidades, que eran donde venían los patrones... Y las modistas preguntaban que qué me pasaba a mí, que por qué miraba tanto esas revistas.

–¿Y qué decía su abuela?

–Qué iba decir: “Es que está aburrido el niño, no halla qué hacer”. Mi abuela fue una vanguardista, creo yo. Me encantaba esa libertad que tenía, esa inventiva para mandarse a hacer un traje de dos piezas, tipo Chanel, con tela floreada en los años 70... Era lo mismo que Dries van Noten hace hoy.

El libro cierra ese período setentero con el reflejo de los costos que tuvo en el rescate de la identidad el quiebre de la vida nacional:

–Terminamos la década de los 70 con la música disco. Es como si en esos 10 años hubiera pasado de todo en el país. Es una verdadera crisis de identidad.

El boom del Miss Chile y las divas televisivas de melena aleonada junto al despegue de los *shopping centers* en un país donde la recesión había dejado su huella en la industria textil marcan los 80. Surgen espacios exclusivos para el diseño local, como el barrio Suecia, que congregaría los ateliers de Rubén Campos, Luciano Bráncoli, Atilio Andreoli y Paula Undurraga.

–Tras la crisis, muy pocas personas tenían acceso a la ropa, quedamos en la cuerera y la moda como fenómeno social se perdió –comenta el autor–. Fue entonces que empezó el cuento de la ropa usada, pero la chilena no asumió

la pobreza, no usaba la ropa usada, porque era feo. La ropa usada recién se vino a usar libremente y con un poco de onda en los 90.

–Entonces, la moda también oculta realidades sociales.

–Absolutamente. La pretensión también es una señal de identidad. Y eso es un poco lo que intento decir al usar un texto de Joaquín Edwards Bello en la introducción del libro. Cito “La chica de El Crillón”, que es una niña bien de los 40 que termina viviendo en el centro y que va a dar vueltas por el Hotel Crillón con el único vestidito que tiene; es una niña bien, convertida en nueva pobre.

Las clases sociales aparecen una y otra vez en el relato de Salinas, pero a medida que la óptica del tiempo se distancia, se tienden a confundir.

–Creo que el pecado de este libro es que en parte solo refleja una casta –admite–. El libro no habla de las mujeres pobladoras, porque no perdamos la perspectiva que es un libro de moda, y la moda, solo en la medida en que fueron pasando los años, se fue haciendo más democrática. En los años 40 o 50 solo las mujeres de élite tenían acceso a ella.

Es por eso que a medida que se acerca a la contemporaneidad, los grupos etarios se comienzan a manifestar en “Linda regia estupenda”. Los movimientos juveniles new wave y los punks aparecen en el transcurso de los años 90, cuando las mujeres maduras se profesionalizan como socialité. Los grupos y las tribus se multiplican vertiginosamente hacia el final del libro, cuando llega la hora de epilogar.

–Los cambios en la moda suceden rápido y cada vez más se acoplan a los cambios sociales –advierte–. Entonces necesitas distancia para po-

derlos estudiar. Si uno quisiera escribir solo de moda, podría resumirse en tres párrafos, porque no tenemos grandes casas de moda ni una gran industria textil, que sí tuvimos en los 50 y 60. Entonces, como este es un relato que parte desde la élite y avanza con los años hacia la democratización, la última década no la analicé, sino que la dejé como un epílogo centrado en el mundo pokemón, un fenómeno admirable que realmente nace de la gente común, de la base social.

Con el lanzamiento de su libro, Salinas se sumará a ese puñado de periodistas contemporáneos –como Óscar Contardo, Marisol García y David Ponce– que hace rato vienen dignificando la cultura popular, revisando los 80, la siutiquería, la canción chilena o el rock.

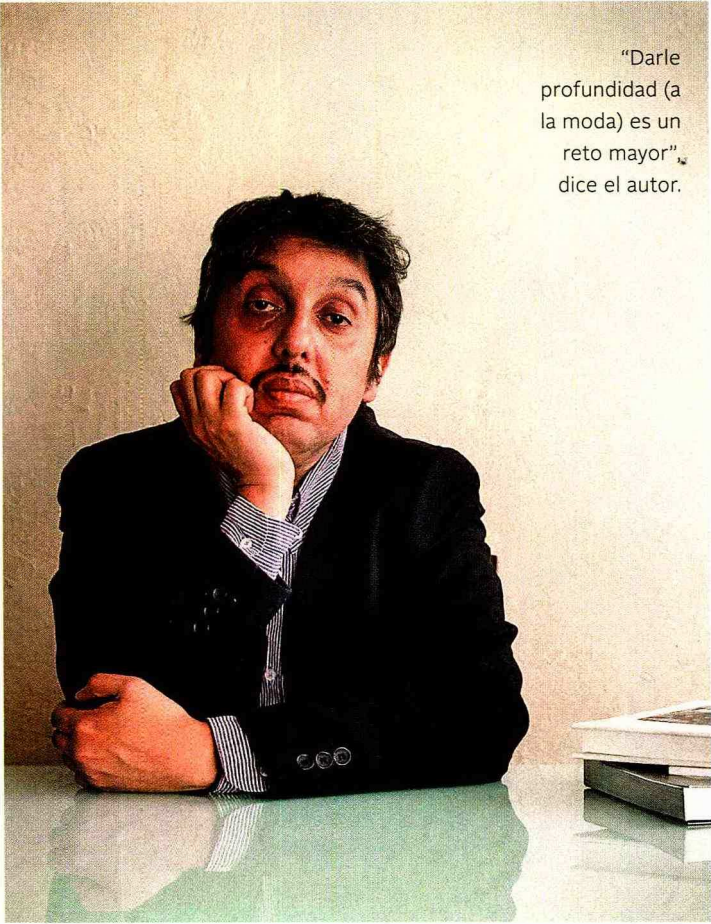
–A mí me tocó un área que parece frívola. Darle profundidad es un reto mayor –dice Salinas.

Este año, Juan Luis Salinas es nuevamente finalista en el Premio de Periodismo de Excelencia que entrega la Universidad Alberto Hurtado. No compite con relatos de Fashion Week, sino con las historias humanas, las entrevistas o reportajes de investigación, que también escribe regularmente en Revista Ya.

–¿Cree que el libro ayudará a cambiar la imagen frívola que se le atribuye a la moda?

–Espero que sí. Pero falta mucho. Falta que el mundo académico se abra a analizar la moda y que la gente que se dedica a esto no se quede solo con la parte sofisticada y ensoñadora de la moda. Falta darse cuenta de que es un negocio que mueve mucho dinero, que se nutre de los cambios sociales y que refleja, más allá de las transformaciones de la mujer, la sociedad entera. **ya**

“Darle
profundidad (a
la moda) es un
reto mayor”
dice el autor.



“LA MODA PERMITE IDENTIFICAR
GRUPOS SOCIALES MARCADOS; Y
*los mayores cambios en las
últimas seis décadas los ha
vivido la mujer*”.

